

CAPÍTULO XIV

Recibe noticia el virey de la Constitución promulgada en Apatzingán. — Pasa ese documento en consulta al Real Acuerdo. — Bando vireinal previniendo que la Constitución sea quemada por mano del verdugo. — Otras prevenciones de ese bando. — El cabildo eclesiástico de México impone la pena de excomunión mayor á los que lean la Constitución. — Edicto de la Inquisición imponiendo la misma pena. — Gran desprestigio de las armas espirituales de la Iglesia. — Ataque de Jilotepec emprendido por don Ramón Rayón. — Es derrotado por Ordóñez (12 de mayo de 1815). — Bárbara matanza de los prisioneros ordenada por este coronel realista. — Campaña de Iturbide en Michoacán. — Fracasa su proyecto de sorprender al Congreso. — Los miembros de esta corporación vuelven á Ario después de la salida de Iturbide. — Numerosos fusilamientos ordenados por éste. — Ejecución del teniente coronel independiente don Bernardo Abarca. — Represalias ejercidas por el doctor Cos. — Derrota de los independientes en Rincón de Ortega (24 de julio) y fusilamiento de Rosas. — Atacan varias guerrillas á Guansajuato y son rechazadas (25 de agosto). — Severa reprimenda de Calleja á Iturbide con este motivo. — Marcha de Rosains á Huatusco al saber que los jefes de la provincia de Veracruz habían desconocido su autoridad. — Síguenle sus oficiales y soldados con gran disgusto. — Huyen los habitantes al acercarse á los poblados la columna de Rosains. — Derrota de éste en la barranca de Jamapa (24 de julio de 1815). — Concierta Terán con los jefes independientes de la provincia de Veracruz la prisión de Rosains. — Efectúase ésta en Tehuacán la noche del 20 de agosto (1815). — Es llevado á Huatusco y luego á Zacatlán. — Se fuga en las inmediaciones de Chalco y solicita el indulto, que le es concedido por el virey en 14 de octubre. — Breve juicio sobre Rosains. — Campañas de Victoria en la provincia de Veracruz. — Llega á este puerto la expedición mandada por el brigadier Miyares. — El virey nombra á este jefe comandante general de las Villas. — Plan de Miyares aprobado por Calleja. — Ataca ese brigadier español el Puente del Rey y desaloja de sus fortificaciones al general Victoria. — Clemencia de Miyares. — Regresa éste á Jalapa y se dirige en seguida á Orizaba y Córdoba. — Mier y Terán se sitúa en las cumbres de Aculcingo y luego se retira á las inmediaciones de San Andrés Cholchicomula. — Combate en Santa María Tlachichuca. — Expedición del realista Llorente contra Boquilla de Piedras y Misantla. — Toma de Misantla. — Llorente es sitiado á su vez en este pueblo y se ve forzado á retirarse. — Guerrero en el Sur. — Sitio de Tlapa. — Marcha Armijo en auxilio de los sitiados. — Derrota que sufre en las cercanías de Tlapa. — Guerrero continúa el asedio de esta villa y lo levanta luego por orden de Morelos. — Los miembros del gobierno de la insurrección se trasladan de Ario á Uruapám. — El doctor Cos deserta de su puesto y publica un manifiesto desconociendo al Congreso. — Morelos aprehende á Cos por orden del Congreso. — Es juzgado y sentenciado á muerte. — Conmutación de esta pena en prisión perpetua. — Enciérrase á Cos en los calabozos de Atijo. — Varios reencuentros en las provincias de Michoacán, México y Puebla. — El coronel don Melchor Alvarez sale de Oaxaca con intento de ocupar á Tehuacán y Cerro Colorado. — Lo derrota don Manuel de Mier y Terán en Teotitlán (12 de octubre de 1815). — Hecho atroz del comandante Guizarnótegui. — Iturbide es nombrado general en jefe del ejército del Norte. — La revolución en Jalisco y Zacatecas.

Tarde tuvo noticia el gobierno vireinal de la Constitución decretada por el Congreso y promulgada en Apatzingán en octubre del año anterior, y aunque al principio la vió con altivo desprecio, muy luego comprendió el alcance y gravedad que pudiera tener un documento expedido precisamente al mismo tiempo que en México se celebraban fiestas suntuosas por la vuelta del monarca al trono y por la supresión del código político de 1812. No se ocultó á Calleja ni á sus consejeros que con este paso la revolución se alzaba moralmente á grande altura, en tanto que bajaba la causa de la monarquía en opinión de amigos y enemigos, pues que la caída de la Constitución española había contristado á una gran parte de la sociedad, contándose en primer lugar el comercio, que ejercía notable influencia en la colonia y que fué al principio de la guerra robusto apoyo de la dominación. Para condenar con más estrépito el acto del Congreso, y evitar en lo posible el examen que se intentase hacer de un documento que

comprendía en mucha parte los grandes principios políticos adoptados por el código de Cádiz, pasó Calleja á consulta del Real Acuerdo la ley constitucional de Apatzingán y otros papeles que le habían enviado varios comandantes militares. No se hizo esperar el dictamen de la Audiencia y lo transmitió al virey el 17 de mayo de 1815. En consecuencia, siete días después, ese alto funcionario publicó un bando en la capital por el que mandaba que aquel mismo día se quemasen por mano del verdugo en la plaza Mayor la Constitución y demás papeles que con ella había recibido, y que lo mismo se hiciese en todas las capitales de provincia ¹.

Penas terribles imponía el bando vireinal que acabamos de citar á todos los que no entregaran á las autoridades, dentro del tercero día, los papeles que en su poder tuviesen relativos á la Constitución; á los que no delatasen las conversaciones á favor de ésta y de la

¹ Véase este bando en el número de la *Gaceta* correspondiente al 25 de mayo de 1815.

independencia, y á los que las defendiesen y apoyasen. Prohibía el bando llamar en lo sucesivo *insurgentes* á los defensores de la independencia, que deberían ser designados, de palabra y por escrito, *traidores y rebeldes*, y para no equivocarse los cuerpos de vecinos armados que en cada lugar había, y que llevaban el nombre de *patriotas*, con los de los insurgentes que adoptaron igual denominación, mandábase que los primeros se distinguieran con la de *realistas fieles* del lugar que correspondiese. Finalmente, ordenaba Calleja á los ayuntamientos que levantarán una acta en que constase no haber nombrado ni en manera alguna autorizado á los que, llamándose representantes del pueblo mexicano, firmaban con tal carácter la Constitución de Apatzingán.

Con aparatosa pompa se procedió el 24 de mayo, fecha del mismo bando, á quemar la ley constitucional de los independientes. Todas las tropas formaron en la vasta plaza Mayor, en cuyo centro se alzaba la estatua ecuestre de Carlos IV; cerca de este monumento se veía un dosel con el retrato de Fernando, y en uno de los ángulos de la plaza se levantó un tablado donde fué quemada la Constitución por mano del verdugo, á presencia de un gran concurso y del virey mismo, quien se colocó en el balcón del palacio. «Desde aquella fecha, dice Alamán, las *Gacetas* están llenas de las actas mandadas levantar en todas las poblaciones, con las más vivas protestas de fidelidad y la relación de los servicios hechos á la causa real en cada lugar.»

La Iglesia, á su vez, se apresuró á condenar la Constitución de Apatzingán, y en un edicto publicado por el cabildo eclesiástico de México el 26 del mismo mes de mayo se imponía pena de excomunión mayor á los que la leyeran, y extendían ese castigo á los que no delatasen á las personas que conservaran en su poder algún ejemplar de la ley constitucional¹. Ordenaba el cabildo á los curas, confesores y predicadores, tanto seculares como regulares, que combatesen los principios contenidos en ella, y amenazaba con la pérdida de beneficios y de destinos, con la suspensión y aun con la formación de causa á los eclesiásticos que anduviesen remisos en este punto. Pero lo que sorprende es la ligereza ó extrema pasión con que procedió el cabildo en esta vez, puesto que aseguraba que la Constitución de Apatzingán establecía la tolerancia religiosa, cuando precisamente en su primer artículo declaraba que «la religión católica, apostólica romana era la única que debía profesarse en la nación,» y en su capítulo III exigía en los extranjeros, para poder obtener carta de ciudadanía, el requisito de ser católicos, comprendiendo entre los crímenes por los cuales se debía perder ese derecho, los de herejía y apostasía. «Inculpaba también el cabildo á los insurgentes, dice Alamán, de que en el calendario que habían publicado anulaban el culto de los

santos, suprimiendo sus nombres en los días destinados por la Iglesia á venerar su memoria, siendo aquel un calendario abreviado, que se destinaba solamente á señalar los días festivos para su observancia.»

Después del edicto del cabildo eclesiástico, fundado como acabamos de ver en una irritante impostura, lanzó el suyo la Inquisición el día 10 de julio¹. También declaraba incursos en excomunión mayor á los que conservasen en su poder la Constitución y proclamas de los independientes, á los que no denunciasen á los que las leyeran, y á los que desobedeciesen las determinaciones de las autoridades, y especialmente las del Santo Oficio. Y como el Congreso había ordenado á los curas que leyesen la Constitución á sus feligreses, y á éstos mandaba jurar su observancia, de ahí el conflicto en que se vieron colocados, tanto los curas de los pueblos pequeños, que estaban á merced de las guerrillas de insurgentes, como muchos de los fieles que no sabían de qué parte se hallaba la verdad. En cambio, los numerosos partidarios de la independencia despreciaban las censuras eclesiásticas como efecto del espíritu de bandería, y en el concepto de amigos y enemigos las armas de la Iglesia se desprestigiaban completamente, conocido el móvil político que las hacía vibrar con tanto desatino.

Después del rudo descalabro sufrido por Llano ante las posiciones de Cópore y de su retirada á Maravatío², el siempre activo don Ramón Rayón se apercibió á sorprender en Jilotepec al coronel realista Ordóñez que mandaba la sección de Tula. Según Bustamante, el célebre guerrillero Epitacio Sánchez, subordinado de Rayón, instó á éste para la expedición, representándole las importantes ventajas que produciría á la causa nacional, y lo fácil de la empresa, fundándose en el corto número de soldados que había de guarnición en Jilotepec. Resuelto Rayón á dar el golpe, púsose en marcha con una sección de tropas escogidas que ascendían á quinientos hombres, y al amanecer del 12 de mayo (1815) se presentaba á la vista de ese pueblo. Formáronse los independientes en una llanura cercana, quedando el centro á las órdenes inmediatas de Rayón, la izquierda á las de Urbizu, y la derecha mandada por Epitacio Sánchez. Ordóñez salió al frente de doscientos hombres, siguiéndole á poco el capitán don Rafael Velázquez con otros cien, y tras éstos la división del infame Casasola que había llegado á Jilotepec precisamente la noche anterior. Pudo Rayón durante algún tiempo afrontar con serenidad los ataques de la primera fuerza mandada por Ordóñez en persona, pero al engrosarse ésta con los poderosos auxilios que fueron llegando rápidamente, se vió forzado á retroceder hasta una eminencia inmediata con intento de guarecerse tras las cercas de piedra que en ella se hallaban. En estos momentos, la izquierda mandada por Urbizu se desbandaba en todas direcciones,

¹ Véase este edicto en la *Gaceta* correspondiente al 30 de mayo de 1815.

¹ Véase en la *Gaceta* correspondiente al 14 de julio de 1815.

² Véase capítulo anterior.

y á su ejemplo, la caballería de Epitacio Sánchez se retiraba en desorden, dejando solo á Rayón, quien, después de luchar con valor desesperado y á riesgo de caer prisionero, se separó á su vez del campo de batalla.

Sangriento fué este choque, pues más de cien muertos dejaron los independientes, pero fué mayor la sangre derramada después del combate. Ciento veintiún prisioneros quedaron en manos de los vencedores, quienes los fusilaron en partidas de treinta á la orilla de una zanja abierta para sepultar los cadáveres, sufriendo la misma pena los heridos, que fueron llevados al lugar del suplicio en hombros de sus compañeros ¹. Indignado Bustamante con esta barbarie, dice en su *Cuadro Histórico*: «Permítaseme que me detenga en detallar las circunstancias de atrocidad que se vieron con horror en estas ejecuciones. Halláronse entre los prisioneros treinta ó más hombres que se habían hecho soldados, tomados en la hacienda de la Sabanilla, los cuales conducidos á Cópore, fueron condenados por Rayón al trabajo de aquella fortaleza. En vano representaron esta circunstancia y falta absoluta de libertad para obrar: Ordóñez nombró un consejo de guerra compuesto de don Rafael Ramiro, don Juan Galopén y don Manuel Linares, quienes sin titubear los sentenciaron á muerte, pero con tanta precipitación que ni aun se les dejó confesar, habiendo allí varios eclesiásticos que pudieran auxiliarlos: abrióse una zanja en el Calvario, y en su orilla se hacía hincar á los que se ejecutaba para que naturalmente cayesen dentro. Acaso sirvió para esto el ejemplo que hizo Iturbide en Valladolid.»

A consecuencia de esta derrota el coronel don Epitacio Sánchez se acogió al indulto, presentándose con ciento treinta caballos, un obús y algunos pertrechos, y el camino del interior á México quedó libre por algún tiempo de las partidas que entorpecían el tráfico y el paso seguro de los convoyes. Concurrieron también á este resultado los triunfos alcanzados, en el mismo mes de mayo y en junio siguiente, por las tropas realistas acantonadas en Tepeji y Huichapám, de modo que bien pudo asegurar al virey el comandante Casasola, jefe superior de las armas en aquel vasto distrito, que en todo él no quedaba una reunión de insurgentes que excediese de veinte hombres.

En tanto que las armas del rey triunfaban en Jilotepec y en tierras de Huichapám, el teniente coronel Claverino llevaba á cabo una feliz correría por los pueblos situados al suroeste de Valladolid, habiendo llegado hasta Pátzcuaro, y regresando á la capital de Michoacán después de pacificar todo ese rumbo.

Pero más importante en resultados fué la campaña

¹ Véase Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, páginas 422 y 423, y los partes de Ordóñez publicados en los números de la *Gaceta* correspondientes al 14 y 20 de mayo de 1815. Alamán refiere impasible estas atrocidades, después de tergiversar á su sabor la relación del combate, y omitiendo el oportuno auxilio que dió á Ordóñez la división de Casasola.

confiada al coronel don Agustín de Iturbide poco después de la retirada de Cópore. El Congreso, tras una permanencia de varios meses en Apatzingán, había vuelto á establecerse en Ario, é Iturbide, ambicionando la gloria de dar un golpe funesto á los independientes, pretendió y obtuvo el mando de una expedición contra aquel grupo de esforzados patriotas que formaban el centro directivo de la revolución. Calleja aprobó el plan que le propuso Iturbide y lo autorizó para ejecutarlo con absoluta independencia del brigadier Llano, causando á este jefe grandísimo disgusto con semejante providencia ¹. Lista la expedición, y habiendo cuidado Iturbide de ocultar mañosamente su intento, salió de Irapuato el 1.º de mayo con dirección á Puruándiro, mientras que su segundo, el coronel Orrantía, marchaba desde Coeneo hacia Chimilpa con el fin de destruir las fortificaciones que los independientes habían comenzado á levantar en ese sitio, para impedir que se retirasen á él los que huyesen de Ario. Esperaba Iturbide que caminando día y noche las treinta y cuatro leguas que separan á Puruándiro de Ario, ningún aviso podría llegar á los miembros del Congreso de su rápida marcha. Sin embargo, el día 4 Iturbide llegó á Zinziro, punto distante diez y ocho leguas de aquel á que se dirigía, pero solamente le acompañaba su vanguardia, y los demás trozos en que había dividido su fuerza, extraviados durante muchas horas en los bosques que hubieron de atravesar, no se le reunieron hasta las dos de la mañana del día 5 ².

Esta detención forzada del activo coronel realista frustró por completo sus planes y salvó á los miembros del Congreso de una muerte segura. Avisados con anticipación de algunas horas por el cura de Tingambato del riesgo que les amenazaba, resolvieron entonces separarse, lo mismo que los ministros del Tribunal de Justicia, y así, divididos en pequeñas partidas, se dirigieron á Puruarán,

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 150. Alamán sigue en esta parte á Bustamante.

Iturbide, antes de ponerse en marcha, dirigió á Llano el oficio siguiente, con la nota de *muy importante y reservado*:

«Tengo tomadas medidas muy eficaces para saber exactamente los planes de los rebeldes y podremos sacar de ello ventajas muy grandes, pero es muy interesante para el efecto, que ni por el Sur, ni por el Poniente, ni por el Norte de Valladolid salga tropa alguna hasta que yo diga á V. S. el resultado de mi proyecto, para el cual también vendría bien que saliese alguna tropa de Valladolid por el rumbo de San Bartolo ó de Queréndaro con pretexto de introducir víveres á aquella capital. A pesar de que ésta irá con correo escoltado, no me atrevo á explicar más claramente sobre el asunto, porque cualquier incidente imprevisto que hiciera descubriría mi intento y causaría mucho mal. Concluyo con repetir á V. S. que importa mucho se haga lo que he dicho, y aun en el caso de haber tropa por alguno de los rumbos del Sur, Poniente ó Norte de Valladolid, debe V. S. mandar retirarlo bajo cualquier pretexto honesto. Entretanto, no debe V. S. tener cuidado de la gavilla del padre Torres, pues estoy á la mira de ella.

»Dios, etc. Irapuato, 13 de Abril de 1815, á las once y media de la noche. — *Agustín de Iturbide*.»

² Véase el *Diario* de esta expedición escrito por el mismo Iturbide, y publicado por don Carlos M. de Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, págs. 151 á 155, edición de 1844. Échase de ver en ese documento el tono despreciativo é injurioso que emplea Iturbide para denigrar á los miembros del Congreso.

permaneciendo hasta última hora en Ario los miembros del poder ejecutivo Morelos, Liceaga y Cos, quienes pusieron en salvo los archivos y la imprenta, y salieron en los momentos de entrar en aquel pueblo las primeras avanzadas de Iturbide.

Orrantía, entretanto, marchando por Uruapám llegó á Chimilpa y destruyó las fortificaciones allí levantadas por los insurgentes. Estas consistían en un reduto que se alzaba en escarpada cima, tan sólo accesible por un sendero estrecho, y en fuertes estacadas de encino y cortaduras hechas á pico donde las rocas no eran bastante elevadas; espesas arboledas y vastas llanuras rodean esta posición militar y los frutos que en ellas se producen podían alimentar con holgura á los que allí se refugiaban. Orrantía halló abandonado el fuerte, y después de arrasarlo por completo, continuó su marcha al pueblo de Ario, donde se reunió á Iturbide que había llegado dos días antes. Habiendo fracasado el plan de este último, no permaneció allí mucho tiempo y el 14 de mayo salió para Pátzcuaro al frente de todas sus tropas. Los miembros del Congreso, reunidos en Puruarán y sabedores de la salida de Iturbide, volvieron á Ario á continuar sus tareas de gobierno, mientras que los individuos que formaban el poder ejecutivo se dirigían á Huetamo con el propósito de levantar nuevas fuerzas para sostener la campaña.

Irritado Iturbide con el mal éxito de una expedición de que se prometía tantas ventajas, fué marcando sus pasos hasta Pátzcuaro con un reguero de sangre. A los fusilamientos de los pocos partidarios de la independencia que pudo aprehender en Ario ¹, debemos añadir los de muchos empleados en las haciendas que fué tocando en su regreso, los cuales no tenían más crimen que haber recibido á los insurgentes en las mismas haciendas, como si en su mano hubiese estado impedirles la entrada. «Al entrar Iturbide en Pátzcuaro, dice Alamán, á quien copiamos en esta parte por los informes especiales que tuvo á la vista para escribir este trozo de su historia, fué aprehendido el comandante de aquella ciudad don Bernardo Abarca. Era éste un vecino distinguido y pacífico, á quien Cos obligó, como á otros varios, á admitir empleos en un regimiento de dragones que intentó levantar allí para resguardo de la población, como los cuerpos de *patriotas* que se habían organizado en los pueblos ocupados por los realistas; de ese regimiento se hizo coronel, nombrando á Abarca teniente coronel, el cual aceptó á instancias del vecindario, que á cada instante se veía invadido por las partidas de insurgentes que entraban en la ciudad y cometían todo género de desórdenes y violencias, no habiendo autoridad que conservase algún orden. Al aproximarse Iturbide huyeron todos los oficiales, pero

el desgraciado Abarca tardó algo en hacerlo por tener que dejar á su esposa en cama, y habiendo sido cogido á la salida de la población, fué puesto inmediatamente en capilla para ser pasado por las armas. En vano se interesaron por salvarle la vida el cura don Pedro Rafael Conejo, las religiosas y los vecinos que habían quedado; en vano su afligida esposa se echó á los piés de Iturbide, quien le aseguró que su marido no sería fusilado, habiéndolo puesto preso solamente para tomarle una declaración: al salir de Pátzcuaro lo hizo conducir preso con la división y lo mandó pasar por las armas en Zintzunzán, cuando su tropa iba á ponerse en marcha. Esta atroz ejecución fué considerada como un desquite por el mal éxito de la excursión contra el Congreso ¹.»

Estas atroces matanzas provocaron sangrientas represalias de parte del doctor Cos, quien separándose en Huetamo de sus compañeros del poder ejecutivo, se dirigió rápidamente á las inmediaciones de Pátzcuaro, y aprovechándose de la salida de Iturbide, que á mediados de junio marchó á su cuartel general de Irapuato, se unió con las guerrillas de Vargas y del padre Carvajal, que acababan de hacer prisioneros al capitán realista Aval y á diez y siete soldados. Cos ordenó el fusilamiento de todos estos en el pueblo de Santa Clara para vengar la muerte de Abarca, y también mandó pasar por las armas á un jefe insurgente llamado Nájera, famoso por los tormentos que hacía sufrir á los prisioneros realistas que caían en sus manos.

De vuelta Iturbide á la intendencia de Guanajuato halló ancho campo á su actividad en la persecución de los insurgentes que habían progresado allí durante su campaña en tierras de Michoacán. El padre don José Antonio Torres y Lucas Flores, hacia el lado de Pénjamo y el Valle de Santiago, y Rosas, Moreno, Rosales y los Pachones, por el rumbo del Norte, no dejaban ni un momento de reposo á las guarniciones de realistas y *patriotas* que resguardaban los pueblos y lugares de mayor importancia. Para combatir á tantos enemigos, Iturbide destacó á Orrantía y Castañón, que eran los jefes de su mayor confianza, y éstos se encontraron en el Rincón de Ortega con las partidas que recorrían la parte septentrional de la intendencia. Efectuóse el choque el 24 de julio y fué rudo y sangriento: los independientes quedaron destruidos, y sus contrarios sufrieron pérdidas considerables, contándose entre ellas la muerte del teniente del batallón de Frontera don Francisco Rubio ². Otro teniente realista, don Higinio Juárez, pudo apoderarse algunos días después de Rosas, jefe de los independientes derrotados en Rincón de Ortega, de tres oficiales y de veinte soldados. Rosas ³ y

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo III, pág. 281.

² Véase parte oficial publicado en la *Gaceta* de 24 de agosto de 1815.

³ «Este Rosas, dice Alamán, fué uno de los sargentos del batallón de Guanajuato comprometidos con Hidalgo para comenzar la revolución, y por esto fué reducido á prisión por el intendente

¹ Iturbide mandó fusilar en Ario á los vecinos don Manuel Valdés, don Eligio Castro, don Antonio Medina, don Manuel Mendizábal, joven de veinte años, don Manuel Castañeda y otros que no habían tomado las armas.

los tres oficiales fueron pasados por las armas en San Luis Potosí y los soldados en Villela.

No libtó este desastre á Guanajuato de ser atacada por gruesas partidas, que congregadas en la hacienda de la Tlachiquera y al mando de Borja, Santos Aguirre y otros asaltaron briosamente la ciudad el 25 de agosto, siendo simultáneo su ataque por Marfil, Mellado y Valenciana. En el primero de estos puntos fué reñidísima la lucha, pereciendo el comandante realista don Francisco Venegas y su segundo don Francisco Fischer, minero

alemán enviado por la corte de España para perfeccionar el arte de la minería. Mellado y Valenciana fueron también ocupados á viva fuerza, habiendo incendiado los independientes uno de los *tiros* de esta célebre mina, llamado de San Antonio; pero la ciudad no pudo ser entrada gracias á la vigorosa resistencia que opuso su corta y valiente guarnición. Este peligro en que se vió Guanajuato y el desastre que causaron los asaltantes en la mina de Valenciana, movieron á Calleja á dirigir severa reprimenda á Iturbide, achacando á su imprevisión



General don Víctor Rosales

los resultados de la intentona y los más fatales que pudo acarrear el triunfo de las guerrillas «Para indemnizarse Iturbide de estos cargos, mandó levantar varios informes que envió al virey, pero ni aun por este medio logró poner á cubierto su responsabilidad.»

Asentado dejamos en el capítulo anterior que las tropas de Victoria y de los otros jefes que sostenían la revolución en la provincia de Veracruz, al jurar la Constitución en Acasónica, desconocieron la autoridad de Rosains, y se obligaron á no obedecer otras órdenes que

Riaño: estuvo en las batallas de las Cruces, Guanajuato y Calderón, y había sido nombrado comandante general é intendente de San Luis con el título de brigadier.»

las emanadas del Congreso. Para el carácter violento y vengativo de aquel funesto personaje, tal declaración era la mayor de las provocaciones, y apenas llegó á su noticia se apercibió á castigar á los que lo habían desconocido. Reuniendo sus mejores tropas y dejando una corta guarnición en Cerro Colorado, púsose en marcha con dirección á Huatusco, siguiendo un penoso y áspero camino á la falda del alto volcán de Orizaba. Seguíanle de mala gana sus oficiales y soldados, sabiendo que no los llevaba contra los realistas sino á combatir á sus hermanos de Huatusco y Coscomatepec: huían los habitantes al acercarse á los poblados la columna expedicionaria, y de este modo los hombres que la formaban se

veían privados de mantenimientos. Muchas de las acémilas que conducían los pertrechos y municiones se extraviaron por aquellos barrancos, las lluvias continuas hacían intransitables las tortuosas y estrechas sendas que seguía la división, y agriado hasta lo sumo con tantos obstáculos el irascible Rosains, castigaba cruelmente á los pocos individuos que le comunicaban las noticias que habían adquirido del campo enemigo, esto es, de las tropas independientes que desconocían su autoridad en la provincia de Veracruz.

Derrotado sin combatir y con la mitad de las tropas que habían salido con él de Tehuacán, llegó Rosains á Huatusco hallándolo abandonado también por gran parte de su vecindario; el 27 de julio salió con su gente rumbo á San Juan Coscomatepec, pero al llegar á la barranca de Jamapa se detuvo para disponerse al ataque, pues en el borde opuesto del barranco se hallaban fortificados Corral y Montiel con sus partidas que se guarecían tras los parapetos contruidos en la escabrosa ladera. Era excelente la posición militar escogida por los tenientes de Victoria; echado el barranco en la llanura que se extiende entre Huatusco y Coscomatepec, forzoso es pasar por él para dirigirse de uno á otro de esos dos puntos; su profundidad es quizás de unas trescientas varas, y aunque en la parte superior disten sus bordes entre sí más de tiro de cañón, vanse estrechando las dos laderas, por las que corren varios senderos angostos y tortuosos, hasta el fondo del gran precipicio por donde se arrastra un torrente, hinchado entonces por las lluvias; unas ruinas de un antiguo puente y un tronco de árbol atravesado sobre ellas eran el único medio de pasar de uno á otro lado.

Ruidosa gritería y repetidos denuestos alzaron los de Corral y Montiel al aparecer los soldados de Rosains en el lado opuesto; llovía á torrentes, y el poco parque que éstos llevaban se había inutilizado con el agua. Pero su impetuoso jefe, ciego de cólera al oír los insultos que le dirigían desde la opuesta ladera, sólo atendía á marchar contra los enemigos. Aprovechando un momento en que la lluvia disminuyó un tanto, ordenó á Terán que á la cabeza de la infantería descendiese hasta el fondo del barranco y luego emprendiese el asalto de los parapetos. Púsose Terán en movimiento: bajó con sus infantes y atravesó el torrente á la deshilada por el tronco atravesado sobre la corriente; subió en seguida á la opuesta ladera, atacó con brío y tomó, uno tras otro, los reductos allí levantados y llegó triunfante al borde contrario; pero entonces fué acometido por la caballería que se hallaba formada en la planicie. Atacó con gran furia, y hallándose muy lejos de Rosains, que bien pudo haberle auxiliado, Terán retrocedió en gran desorden; muchos de sus soldados fueron pasados al filo de la espada, y otros cayeron al precipicio empujados por la caballería de Corral y Montiel. El coronel Terán pudo pasar con muy pocos al lado opuesto, y Rosains huyó con algunos dra-

gonos á Tehuacán, habiendo entrado en esta población sin las tropas que pocos días antes habíanle seguido en tan desastrosa campaña.

Los vencedores en esta jornada se extendieron entonces hasta Ixtapa y Maltrata uniéndose á ellos el guerrillero Luna, quien abandonaba en aquellos momentos á su antiguo jefe. Rosains envió contra sus enemigos una fuerte sección de caballería al mando de Terán, y lo autorizó para que asistiese á las juntas que celebraran los del bando contrario. Efectuóse, por fin, una conferencia en la que se trató de aniquilar á Rosains, ya que este hombre era un obstáculo para vigorizar la resistencia contra el enemigo común. Algunos recomendaban la necesidad de quitarle la vida, pero Terán pudo calmarlos con el ofrecimiento de que él se encargaría de reducirlo á prisión. En consecuencia de este concierto, Terán volvió con sus tropas á Tehuacán y en la noche del 20 de agosto se dió á reconocer como jefe superior á las fuerzas que había en la ciudad y á las que guarnecían el Cerro Colorado. Rosains, aprehendido en su mismo alojamiento y aherrado con los mismos grillos que hizo poner á una de sus muchas víctimas, fué conducido á Huatusco por el guerrillero Luna y entregado por éste al general don Guadalupe Victoria.

Debió sufrir inmensamente el orgullo del funesto y cruel Rosains al verse abatido é impotente á merced de sus enemigos. Victoria se negó á guardarle y fué entregado nuevamente á Luna, quien lo llevó á Zacatlán poniéndolo en manos de Osorno. Éste lo mandó al Congreso, pero habiendo logrado escapar en las inmediaciones de Chalco, se acogió á la casa del cura de Ixtapaluca, por cuyo conducto, ó por el del secretario del arzobispo Fonte, según otra versión, escribió á este alto dignatario pidiendo el indulto, que le fué concedido por el virey el 14 de octubre de 1815, y fijó su residencia en Puebla donde vivió hasta algunos años después de consumada la independencia ¹.

¹ «Después de obtener el indulto entró en México, alojándose en el arzobispado; hizo ejercicios espirituales en la Profesa, y presentó en 15 de noviembre (1815) al virey un informe muy circunstanciado sobre el estado de la revolución y medios de sofocarla, en el que dió la más triste idea de los jefes que quedaban en ella, y describiendo las fortificaciones del Cerro Colorado, se ofreció para servir de guía á las tropas destinadas á atacarlo. Siguiéron su ejemplo, acogiéndose al indulto, sus amigos el abogado don Rafael Argüelles, don Martín Andrade y otros, quedando Terán dueño del Cerro Colorado y de aquellos pueblos de la Mixteca en que Rosains mandaba. Este permaneció tranquilo en Puebla, adonde se le permitió retirarse libremente con su familia, aunque dando avisos secretos á los insurgentes, según asienta en su *Relación histórica*, al mismo tiempo que había ofrecido sus servicios al gobierno virreinal y después á Iturbide cuando éste proclamó el Plan de Iguala; sin embargo, no tomó parte activa en aquella revolución, ni en la que precipitó á Iturbide del trono. Cuando en 1823 se concedieron premios á los insurgentes con el nombre de antiguos patriotas, se le señaló por Victoria, que era á la sazón presidente de la República y que le debía toda su carrera, una pensión de cuatro mil pesos anuales, aunque la Junta establecida por la ley para calificar el mérito de los individuos, rehusó informar en su favor, mientras no satisficiera sobre los motivos que había tenido para pedir el indulto. Proclamada en 1824 la Constitución federal, fué nombrado senador por el Estado de Puebla, y al trasladarse á México mató en Ayotla de un garrotazo al cochero que lo conducía. Escribió para

De esta suerte desapareció de la escena revolucionaria un hombre que hizo grandísimo daño á la causa nacional, y que, inmediatamente después de indultado, presentó al virey Calleja un extenso informe sobre el estado de la revolución y medios de combatirla, describiendo menudamente las fortificaciones de Cerro Colorado, y llevando la indignidad hasta el grado de ofrecerse para servir de guía á las tropas que se destinaran á atacar esa posición militar ¹. Bastaría este hecho para condenar su nombre á merecido oprobio; pero es preciso recordar, además, los tropiezos y obstáculos que constantemente opuso á la obra de la resistencia nacional con tal de saciar su inmoderada ambición y sus mezquinos rencores. El historiador Bustamante, que tanto hubo de sufrir de Rosains, lo juzga con más generosidad que justicia al decir de él que amó á la patria y la sirvió en los días de mayores conflictos; que puso cuanto estuvo de su parte para conservar el orden y la disciplina, pero que su celo declinó en una precipitación que es madrastra y enemiga irreconciliable de la justicia, y que por este defecto equivocó las faltas de servicio con las que reputó injurias personales, de donde procedieron las violencias y los decretos dictados en los momentos que la ira lo sacaba de sí. La posteridad no ha admitido estas atenuaciones al proscribir la memoria de Rosains, y la patria no lo cuenta tampoco entre sus ilustres defensores, porque sólo debe alcanzar gloria tan alta quien sacrifica en sus aras con ánimo sereno, más que la vida, ambición, afectos y rencores.

Poco antes de la estrepitosa caída de Rosains, á la que tan eficazmente cóncurrieron los esfuerzos de los jefes que en Veracruz sostenían la guerra bajo las órdenes de Victoria, este caudillo aumentaba lustre á su nombre combatiendo rudamente en su posición favorita de Puente del Rey y en toda la comarca que se extiende desde este punto hasta las playas del Golfo.

La terminación de la guerra con Francia permitió al gobierno de Fernando VII enviar á las insurreccionadas colonias de América considerable número de tropas que

vindicar su conducta la *Relación histórica*, y encontró en el general Terán un adversario más temible con la pluma (de que se servía con gran acierto y gracia) que en el campo de la revolución. En 1830 se opuso al plan de Jalapa en San Andrés, por lo que fué puesto en el castillo de Perote, y cuando se le dejó en libertad se trasladó á Puebla, en donde dió muerte de una puñalada á un oficial llamado Francisco Poceros que había sido testigo contra él, y habiendo formado una conspiración desesperada contra el gobierno del general Bustamante, de acuerdo con el coronel don Francisco Victoria, hermano del que había sido presidente de la República, murió fusilado en Puebla el 27 de setiembre del mismo año, según las leyes vigentes en aquella época para juzgar esta clase de delitos.» (ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo IV, págs. 235 y 237, edición de 1851).

¹ Véase este informe completo en la *Historia de México*, por Alamán, documento núm. 8 en su *Apéndice* al tomo IV. En este informe, impreso por primera vez en México en 1826 por el general Terán, con motivo de su encendida polémica con Rosains, se halla lo siguiente: «Algo puede contribuir la presencia del que suscribe para tomar el Cerro Colorado: sus conocimientos topográficos, carácter de los sujetos, modo de pelear y exhortaciones á unos hombres que sirvieron bajo su inmediato mando, aunque en el buen efecto de esto último no se afirma, porque las opiniones de los hombres no se comprenden. »

abundaban en la península, de las que se habían levantado y organizado durante la campaña contra Napoleón; verdad es que escaseaban los medios pecuniarios para erogar los costosos gastos que exigían estas expediciones armadas, pero cierto es también que el gobierno español desplegó intensa energía para equiparlas y hacerlas salir rumbo á sus posesiones de Ultramar. Así logró enviar un brillante cuerpo de diez mil hombres al mando del general don Pablo Morillo con destino al antiguo vireinato de Santa Fe de Bogotá, y preparó otro numeroso ejército que más tarde había de dirigirse á Buenos Aires. Instaba el comercio de Cádiz por el envío de nuevas tropas á Nueva España, y ofreció proveer de fondos á la expedición de dos mil hombres que estaba pronta á embarcarse para Panamá á las órdenes del brigadier don Fernando Miyares y Mancebo, con tal de que se destinase á la pacificación de Nueva España, y especialmente, á asegurar el tránsito de Veracruz á México, cuya interceptación le causaba pérdidas cuantiosas. Accedió el gobierno á la solicitud de los mercaderes gaditanos, y habiendo éstos realizado su oferta, salió la flota que conducía á Miyares y los suyos en los primeros días de abril (1815).

Llegó la expedición á Veracruz el 18 de junio y se formaba del regimiento de las *Cuatro órdenes militares* y del batallón de *Navarra*, con cerca de dos mil hombres. Miyares era un joven valiente, activo é instruído en el arte de la guerra, y aunque oriundo de Caracas en la América Meridional, había servido con brillo en los ejércitos de la monarquía española. «El ministro universal de Indias Lardizábal, dice Alamán, al comunicar al gobernador de Veracruz don José de Quevedo, en real orden reservada fecha en 1.º de abril de 1815, la salida de Miyares para aquel puerto, le dice haberse mandado al mismo tiempo que del ejército de Morillo pasasen á Nueva España cuatro mil hombres, lo que no llegó á verificarse, y que también estaba dispuesto se trasladasen á este reino los residuos de los regimientos de la línea de México y Puebla, que estaban en la Habana, y que como habituados al clima serían muy útiles para la conducción de convoyes y establecer un camino militar de Veracruz á Perote, lo que tampoco tuvo efecto por entonces ¹.»

El primer cuidado de Miyares fué hacer salir cuanto antes á sus tropas de la zona enfermiza de la costa llevándolas él mismo á Jalapa, de clima suave y benigno, teniendo el sentimiento de ver morir en el camino á nueve de sus soldados que sucumbieron por el excesivo calor. Pudo en su viaje hasta la risueña y hermosa villa estudiar la mejor manera de abrir permanentemente al tráfico la carretera nacional, y propuso á Calleja un plan que comprendía también el camino que parte de Veracruz á Puebla pasando por Córdoba y

¹ ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo IV, pág. 358, edición de 1851

Orizaba. Este plan consistía en establecer almacenes en la fortaleza de San Carlos de Perote, después de repararla suficientemente; formar un camino militar desde esta posición hasta Veracruz, construyendo fortines en los lugares á propósito que sirviesen de puntos de apoyo á las escoltas de los convoyes, y movilizar á los realistas de Jalacingo, Tlapacoyan y Zacapoaxtla á fin de que obrasen en combinación con las tropas de línea, debiendo hacerse lo mismo en el camino de Orizaba. Calleja no sólo aprobó desde luego el plan de Miyares, sino que puso bajo su mando inmediato una demarcación militar segregada de la Comandancia del ejército del Sur, que comprendiendo á Jalapa, Perote, Orizaba y Córdoba recibió el nombre de *Comandancia general de las Villas*, autorizándole, además, para ejercer en ella las facultades de los comandantes generales de provincia, y la de disponer de las rentas reales que en la comarca se recaudasen á fin de que pudiese pagar con su producto á las tropas y empleados.

Después de algunos días de permanencia en Jalapa, salió Miyares el 20 de julio con dirección á Veracruz dispuesto á trasladar los equipajes de sus tropas que habían quedado en el puerto. Victoria, seguido de gran golpe de gente, mandó reforzar las defensas y parapetos del Puente del Rey, estableciendo nuevas trincheras y abriendo profundos fosos en las cercanías de esta obra verdaderamente magnífica. Miyares llegó frente á las posiciones de los independientes el 24, y después de examinar cautelosamente el punto, ordenó el ataque, que efectuaron con bravura los soldados de *Cuatro órdenes*, y aunque Victoria se defendió con denuedo, vióse obligado á retirarse al cabo de una hora de vivísimo fuego ¹. Dejando Miyares en el Puente un batallón, continuó su marcha á Veracruz, en donde entró el día 29, no sin ser molestado continuamente por las veloces caballerías de Victoria; el 2 de agosto emprendió su regreso á Jalapa, llegando á esta villa siete días más tarde. Novedad grande fué la prudente conducta que siguió Miyares en estas excursiones, pues á diferencia de lo que hacían los demás jefes realistas, no sólo no fusiló á ningún prisionero, sino que, encontrando varias armas en poder de algunos *rancheros* de las cercanías de Paso de Ovejas, se hizo dueño de ellas sin molestarlos, conformándose con prevenirles que en adelante miraría como criminal á toda persona á quien se le hallase alguna arma.

Atendió en seguida el valiente Miyares á la carretera que pasa por Orizaba y Córdoba, y se trasladó á esa línea en los primeros días de setiembre. En la hacienda de Tepetitlán se avistó con el brigadier Moreno Daoiz, comandante general del ejército del Sur, y después de combinar entrambos algunas importantes disposiciones militares, continuó Miyares su marcha hacia Orizaba. El 14 de setiembre llegó á las cumbres de

Aculcingo, donde apareció el guerrillero Luna con ánimo de estorbarle el paso. Una compañía de cazadores de *Cuatro órdenes* avanzó resueltamente contra la caballería de Luna, que apenas ascendía á doscientos hombres, y á costa de bastante pérdida logró desbaratarla y despejar la sinuosa y agria senda de las Cumbres. Entró Miyares en Orizaba, cuyos habitantes no le hicieron el entusiasta recibimiento que él esperaba, de lo cual se quejó al virey Calleja; de allí pasó á Córdoba, donde fué acogido con menos desgana, y tanto en una como en otra villa dictó acertadas providencias para proteger la siembra y la recolección del tabaco, que era uno de los mejores y más seguros recursos del gobierno vireinal.

Mientras que Miyares avanzaba hasta Córdoba, don Manuel de Mier y Terán, jefe desde el 20 de agosto de todas las tropas que habían obedecido antes á Rosains, y unido á las de Luna, Machorro, Sánchez y otros, se situaba en las Cumbres de Aculcingo dispuesto á interceptar el paso. No bien lo supo el brigadier español, ordenó al coronel Ruiz, á quien había dejado en Orizaba, que con el batallón de *Navarra* tomase el camino de Maltrata para caer por la retaguardia de los independientes, en tanto que él mismo, á la cabeza del regimiento de *Cuatro órdenes*, marchaba por el camino real para atacarlos de frente. Pero Terán desbarató este proyecto, abandonando rápidamente sus posiciones de las Cumbres y retirándose á las inmediaciones de San Andrés Chalchicomula.

Seguíóle Miyares, y el 29 de setiembre la caballería de los independientes lo atacó vigorosamente en el pueblo de Santa María Tlachichuca en medio de una lluvia tormentosa: varias fueron las acometidas que hubieron de sufrir los realistas, pero al cabo, rechazadas las recias cargas de las guerrillas, pudieron continuar su marcha á Jalapa, y Terán, por su parte, se dirigió á Teotitlán para auxiliar á su hermano don Joaquín, amagado de un ataque que disponía el coronel don Melchor Alvarez, jefe de las armas del rey en Oaxaca ¹.

Pocos días antes del arribo de Miyares al puerto de Veracruz, á principios de julio de 1815, dispuso Calleja una expedición á Boquilla de Piedras, en la costa de Barlovento, por donde los independientes podían establecer comunicaciones con los Estados Unidos de América y los aventureros que abundaban entonces en el mar de las Antillas. Fuerzas que debían salir simultáneamente de Perote y de Jalapa, cuyo mando se confió á don Carlos María Llorente, jefe accidental de la segunda división de milicias en la Costa del Norte, habían de marchar primeramente contra Misantla, y en seguida reducir á

¹ BUSTAMANTE.—*Cuadro histórico*, tomo IV, pág. 209.—«Miyares, dice Alamán á propósito de este encuentro, recorría su línea en un caballo fogoso, que se espantó con el foganazo de un obús, y resbalando en el terreno mojado, cayó en tierra, dando un fuerte golpe en el pecho al jinete, á quien se dislocó una clavícula y arrojó mucha sangre por la boca.» Parece ser que este golpe ocasionó la muerte de este valiente y entendido jefe realista, que acaeció en España en el año siguiente de 1816.

¹ Parte de Miyares, publicado en la *Gaceta* correspondiente al 9 de setiembre de 1815.

los que sostenían la revolución en Boquilla de Piedras. Además, se dispuso que una escuadrilla formada en Tampico, á la que debía unirse el bergantín *Saeta* y la goleta *Cantabria*, mandados por el teniente Murias y procedentes de Veracruz, hostilizase por mar á Boquilla de Piedras y vigilase las costas adyacentes.

Llorente con las tropas salidas de la demarcación de Perote, á las órdenes inmediatas del capitán Arteaga, intentó apoderarse primeramente de Boquilla de Piedras, y al efecto partió de Nautla siguiendo por la costa y llevando á la vista la escuadrilla; de este modo, pudo hacerse dueño de la barra de las Palmas sin hallar oposición ninguna, pero no logró vadear la laguna Salada; el viento alejó de la costa á los buques de la escuadrilla, y fracasó el golpe que se proponía asestar á los independientes de Boquilla de Piedras. Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer los obstáculos que se le ofrecían, resolvió marchar á Misantla á fin de obrar combinadamente con la fuerza que debía haber salido de Jalapa. En medio de lluvias copiosísimas que fatigaban la marcha de las tropas, Llorente avanzó hasta Misantla, y después de un encarnizado combate, se hizo dueño del pueblo al anoecer del 5 de julio, habiéndose retirado ordenadamente los defensores.

Las tropas de Jalapa habían salido al mando del teniente coronel Luna, y avanzando hasta Chiconquiaco, adonde llegaron el día 3, no pudieron pasar más allá porque los caminos fragosísimos de esta parte de la provincia estaban intransitables. Volviéronse en consecuencia á Naolinco, y de este punto regresaron á Jalapa creyendo innecesario su auxilio al saber la toma de Misantla. Pero la posición de Llorente, á pesar de su triunfo, era verdaderamente angustiada: dueño de Misantla cuidó de fortificarse en la iglesia temiendo que los independientes no tardarían en presentarse; así sucedió al día siguiente de su entrada, y desde ese momento tuvo que sostener un sitio en toda forma, pues los que lo atacaban rodearon la iglesia con parapetos y cortaduras que le impedían proveerse de agua y de los mantenimientos más indispensables. Cinco días sostuvo Llorente sus posiciones esperando el auxilio de Jalapa, pero como éste no llegaba y su situación era á cada momento más crítica, se decidió á retirarse y el día 11 se puso en marcha para Nautla perseguido vigorosamente por los insurgentes. La escuadrilla volvió á Veracruz sin haber alcanzado ninguna ventaja digna de mencionarse, y toda la zona comprendida entre Misantla y Boquilla de Piedras siguió dominada por los defensores de la independencia, quienes hacía cuatro años se sostenían allí con indomable constancia.

En el Sur continuó Guerrero luchando sin tregua ni respiro, y durante el segundo tercio de 1815, fatigó á los soldados del rey con sus rápidas marchas y los venció en repetidos encuentros. En julio determinó atacar á Tlapa, y destacando á la vanguardia á su

bravo teniente, el coronel Juan del Carmen, siguióle de cerca con el resto de sus tropas. El día 20 recibió el aviso de que se había empeñado el combate y apresurando su marcha llegó á tiempo de sostener á Juan del Carmen, que luchaba con parte considerable de la guarnición, salida de Tlapa para contener el avance de los realistas. «Fué el combate espantoso y tenaz, dice el historiador Bustamante, hasta que se declaró la victoria, á favor de Guerrero, cuyas tropas acabaron con las españolas, en términos de sólo escapar uno ú otro soldado.» Sin perder tiempo avanzó hacia Tlapa ocultando su movimiento á favor de la noche, y de esta suerte se presentó ante la villa y mandó romper el fuego al toque de diana, formando en el acto una línea de circunvalación para estrechar el sitio ¹.

Durante veinte días se sostuvo un fuego nutrido y mortífero entre sitiadores y sitiados sin que los primeros pudiesen avanzar hasta el segundo perímetro fortificado, pero estrechando cada vez más á sus contrarios y poniéndolos en gravísimo aprieto por falta de víveres. El virey ordenó á Armijo que á marchas dobles fuese á socorrer la plaza sitiada, combinando su movimiento con las fuerzas que mandaba Rionda y con las que obedecían á Samaniego en Izúcar.

Guerrero, siempre vigilante, interceptó un correo que Armijo enviaba á los de Tlapa avisándoles de su próxima llegada y que debía aparecer por la loma llamada de la *Caballería*. En el acto dispuso el jefe independiente ocupar esta eminencia y la cercana de la *Cruz*, fortificándose en ambas para resistir mejor el ataque que le amenazaba. Armijo, en efecto, intentó sorprender á las tropas de Guerrero, y una mañana, al rayar la aurora, se echó bruscamente sobre la loma de la *Caballería* cargando á la bayoneta y haciendo grandes estragos en las filas independientes, que no tardaron en reponerse y en rechazar á los asaltantes matándoles más de cien hombres. Armijo se vió obligado á retirarse á Olinalá, desde cuyo punto envió al virey el parte de una acción tan reñida, en el que confiesa que las tropas del Sur se batieron con denuedo y bizarría. Los sitiados de Tlapa recibieron, sin embargo, cuantiosos elementos de resistencia que pudo introducir en la plaza el teniente coronel Samaniego, y Guerrero continuó el asedio hasta que órdenes apremiantes de Morelos lo forzaron á abandonar una empresa que pronto hubiera coronado con éxito completo.

Volvamos ahora nuestra atención hacia los patriotas que tenazmente perseguidos por el coronel Iturbide en el mes de mayo de aquel año (1815) lograron salvarse de enemigo tan temible, y con ellos salvaron también el centro directivo de la revolución. Los miembros del Congreso, del poder ejecutivo y del Supremo Tribunal

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 272. — *Biografía de Guerrero*. (*Hombres ilustres mexicanos*, tomo IV, página 303).

de Justicia volvieron á Ario, como hemos dicho al principio de este capítulo, apenas se apartó Iturbide del centro de la provincia de Michoacán en pos de nuevos encuentros, y también de nuevas y sangrientas matanzas, por el rumbo de Pátzcuaro. No permanecieron mucho tiempo en Ario, y considerando más seguro en Uruapám el asiento del gobierno, allí lo trasladaron, animados de la misma ardiente fe que hasta entonces los había sostenido en medio de tan continuados y graves peligros.

Empero, un miembro del poder ejecutivo que se había distinguido hasta entonces por su acrisolado patriotismo, ya defendiendo la noble causa de la independencia con la pluma, ya exponiendo su vida en los campos de batalla, el doctor Cos, se negó á volver al seno del gobierno y permaneció unido á las partidas de Vargas y de Carvajal que vengaron tan cruelmente el fusilamiento del comandante Abarca, ordenado por Iturbide ¹. Esta desertión de Cos violaba un artículo constitucional que prohibía á los miembros del gobierno el ejercicio del mando militar, y en consecuencia fué llamado repetidas veces por el Congreso mismo para que volviese á ocupar su puesto en el poder ejecutivo.

Lejos de obedecer, Cos publicó y circuló en el fuerte de Zacapo en 30 de agosto (1815) un manifiesto en el que trataba de demostrar á los comandantes militares la ilegitimidad del Congreso, por carecer de nombramiento popular los miembros que lo formaban: acusaba á éstos de haberse arrogado una autoridad absoluta; de vulnerar la libertad de imprenta; de comprometer la honra nacional enviando á los Estados Unidos

¹ Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 213, dice lo siguiente: «Cos siempre manifestó deseos eficaces de hallarse á la cabeza de un ejército, y obrar cosas dignas de la inmortalidad: temióronle mucho sus compañeros por su genio violento, y así es que lo colocaron el frente del gobierno, en el que se mantuvo inquieto y desasosegado. Apenas tuvo ocasión de emigrarse del seno del gobierno cuando partió á reunirse con una partida de tropa, hecho que se estimó por una rigurosa desertión del puesto que ocupaba y por una escandalosa transgresión del artículo 168 de la Constitución de Apatzingón, que dice: «No podrá mandar personalmente el gobierno en cuerpo ni por alguno de sus miembros ninguna fuerza armada, á no ser en circunstancias muy extraordinarias, y entonces deberá preceder la aprobación del Congreso.» Mandósele, por tanto, que volviese á servir su plaza en el gobierno, pero él desobedeció abiertamente: tal vez se le habría tolerado si sus murmuraciones contra el gobierno no hubiesen sido tan escandalosas y de muy temibles consecuencias...»

Y Alamán, en su *Historia de México*, tomo IV, pág. 283, edición de 1851, agrega: «Cos era de carácter altivo, y muy inclinado á entrar en cuestiones de derecho, en las que no economizaba dictérios á sus contrincantes. En el año anterior (1814) había sostenido una disputa muy empeñada sobre autoridad eclesiástica con el obispo electo de Michoacán don Manuel Abad y Queipo: éste, en circulares á sus diócesanos, declaró que Cos había incurrido en las herejías de Wielef y de Lutero, y que por un efecto de rebeldía no reconocía en su persona la dignidad episcopal. Cos contestó que en efecto no lo reconocía, porque no había podido ser penitenciario, ni mucho menos obispo de Valladolid, estando acusado muchos años hacía de ser hereje formal; porque no se le habían dispensado las irregularidades contraídas por la ilegitimidad de su nacimiento; porque estaba nombrado por autoridad ilegítima, y porque, aunque fuese legítima la Regencia de España, no residían en ella las facultades del patronato real para presentar á beneficios eclesiásticos. Ya hemos visto que Fernando VII, á su regreso á España, confirmó la misma opinión, y obró según ella con respecto al arzobispo electo de México Bergosa y al mismo Abad y Queipo...»

de América un plenipotenciario en demanda de auxilios, y de comprometer la pureza de la religión atropellando la inmunidad eclesiástica; por último, llegaba hasta lanzarles el cargo de traidores, asegurando que estaban vendidos al gobierno vireinal, y excitaba á los jefes militares á desconocerlos hasta que se instalase legítimamente un Congreso, de acuerdo con Morelos y Rayón.

Sensible por extremo fué para los patriotas reunidos en Uruapám la actitud que acababa de asumir su antiguo compañero de infortunio, y á quien reconocían notable inteligencia en los consejos así como impávido valor en los peligros; pero sobreponiéndose en ellos el interés de la patria, resolvieron sofocar con energía este nuevo elemento perturbador que tanto daño pudiera causar á la revolución. El Congreso ordenó, en consecuencia, á Morelos que procediese á la prisión de Cos con prevención de que lo fusilase si hacía resistencia. Marchó Morelos á San Pedro Zacapo para cumplir la misión que se le había confiado: Cos intentó defenderse, pero sus soldados lejos de obedecerle lo entregaron á Morelos, quien lo presentó al Congreso que lo juzgó y sentenció á ser pasado por las armas ¹.

No era ciertamente el deseo de los miembros del Congreso llevar á cabo tan terrible sentencia, para lo cual querían que el condenado diese alguna muestra de sumisión, «y para inclinarlo á ella, dice Bustamante, mandaron poner á su vista el ataúd en que había de ser conducido su cadáver: tentativa inútil, pues Cos se mostró impávido en la prisión, y no cesó de excitar á la rebelión á todos los que le rodeaban.... «Mayor dolor (decía) me causará el piquete de una pulga que el tránsito de la vida á la muerte.» La sesión en que fué sentenciado duró muchas horas, y en el momento de pronunciarse la sentencia el clero y el pueblo de Uruapám imploraron de rodillas gracia para Cos.» El cura don Nicolás Santiago Herrera, quien por sus luces y virtudes era llamado en toda la comarca el *venerable Herrera*, se presentó, en efecto, en la sala de sesiones y en humildísima postura pidió que se conservara la vida del doctor Cos; apoyó su súplica el diputado Isasaga, y el Congreso se rindió al fin conmutando al rebelde la pena capital en prisión perpetua en los calabozos subterráneos de Atijo, donde fué encerrado desde luego. Durante las largas horas de su prisión, aquel hombre que «destruyó con la mano izquierda la obra que había construido con la derecha,» según la expresión de Bustamante ², se entretenía en ver á los lobos y los tigres que bajaban de los montes á beber en un arroyo que corría no muy distante del ventanillo de su calabozo.

Estas deplorables desavenencias enervaban la acción de los insurgentes con gran provecho para las armas realistas. En la misma intendencia de Valladolid y en

¹ BUSTAMANTE.—*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 214 — Alamán sigue en esta parte fielmente á Bustamante.

² Lo mismo dijeron los godos al saber que el débil Valentiniano había mandado dar muerte al bravo Accio.

tanto que se efectuaban los hechos que acabamos de referir, una sección de los soldados del rey, al mando del comandante Aguirre, desbarataba el 17 de octubre, entre Tlalpujahua y Anganguero la partida de insurgentes que obedecía á Ruiz y á Alvarez, les quitaba al oficial español Arritola que habían aprehendido poco antes, y les hacía veinte prisioneros á quienes el jefe de la división, don Ciriaco del Llano, mandó fusilar en Maravatío. El mismo Aguirre, marchando luego rumbo á Allacomulco, sorprendía en este lugar á la guerrilla de Cañas, daba muerte á este valiente jefe de los insurgentes, y conducía á San Felipe del Obraje á veinte vecinos de aquel pueblo que fueron fusilados, sin que precediera ningún juicio.

Como compensación de estos reveses, los independientes, que á las órdenes de Vargas recorrían las serranías colocadas al suroeste de la misma capital del vireinato, sorprendían y daban muerte en Santiago Tianguistengo á todo el destacamento de dragones de San Carlos que allí estaba de guarnición. Después de este triunfo, Vargas, unido á González, asaltaba con igual fortuna el pueblo de Tlayacapa, sucumbiendo treinta realistas y quedando mal herido su comandante Franco. Al mismo tiempo (primeros días de octubre), el vizcaíno Enseña, que había tomado partido por la revolución, destrozaba completamente á la guarnición realista de Tepeji del Río y se apoderaba del comandante don Lorenzo Corral y de seis oficiales que fueron pasados por las armas en Amealco algún tiempo después. También fué batido y muerto con veinte de los suyos el teniente español Molleda en las inmediaciones de Pachuca; y el guerrillero Gómez entró en San Martín Texmelucan (provincia de Puebla), venciendo y matando al comandante y soldados del batallón *Americano* que guarnecían aquel punto.

Pero de mayor importancia fué la victoria alcanzada por Terán el 12 de octubre (1815) en Teotitlán del Camino. Apenas supo el virey Calleja la prisión de Rosains, creyó fácil la empresa de arrebatar á los independientes las posiciones de Tehuacán y Cerro Colorado, y para obtener tal resultado ordenó al coronel don Melchor Alvarez que se pusiese en marcha desde Oaxaca. Hízolo así este jefe, saliendo al frente de la mayor parte del batallón de Saboya y del provincial de Oaxaca, de alguna caballería y de un cañón. Interponíase á la marcha de Alvarez un destacamento de insurgentes, que al mando de don Joaquín Terán se había atrincherado en Teotitlán, pueblo situado muy cerca de la línea divisoria entre las provincias de Puebla y de Oaxaca. No quiso Alvarez dejar este enemigo á retaguardia, y el 10 de octubre comenzó á atacar vigorosamente las fortificaciones de los independientes, formadas en la iglesia del pueblo y en el cerro inmediato del Campanario, donde se alzaba un reducto construido en forma de estrella.

Tuvo noticia don Manuel de Mier y Terán del avance de Alvarez y del peligro en que su hermano se hallaba

en Teotitlán, y en el acto concibió y ejecutó el audaz proyecto de marchar al encuentro del enemigo con los pocos hombres de que podía disponer. Escogió á doscientos, y poniéndose á su frente salió de Tehuacán forzando su marcha para sorprender á las tropas del rey; sus soldados, faltos de calzado, comenzaron bien pronto á desmayar; pero notándolo Terán, bajó del caballo, se despojó de sus zapatos y se colocó á la cabeza de la columna, electrizando con esta acción á todos los que la formaban, quienes no osaron ya dar muestra ninguna de desaliento. Entretanto, Alvarez continuaba estrechando á los de Teotitlán y tenía apostada en una altura, desde la que se descubría el camino de Tehuacán, una fuerza del batallón de Saboya al mando del subteniente Ezeta. El 12 de octubre don Manuel de Mier y Terán se acercó rápidamente á ese punto, que fué abandonado por Ezeta, quien huyó en desorden sin dar aviso á Alvarez de la llegada del enemigo. Fácil fué á los independientes arrollar al grueso de la división realista: la dispersión fué general, y sólo el capitán Aldao, con doscientos infantes del batallón provincial de Oaxaca, hizo frente á los soldados de Terán, logrando recobrar dos cañones abandonados por sus compañeros. Alvarez se retiró al trapiche de Ayotla y de allí á Oaxaca, quedando en Yanhuítlan los restos de sus vencidas tropas. El parte oficial de esta derrota, dirigido á Calleja por el brigadier Moreno Daoiz, superior inmediato de Alvarez, no obstante las atenciones que en ese documento se estamparon, y la noticia de otro desastre sufrido en Santiago Yolomecatl (pueblo de la Mixteca) por un destacamento del batallón de Saboya, destrozado por el coronel Sesma, irritaron terriblemente al virey, quien reprendió con dureza á Alvarez por haber dividido sus fuerzas en pequeñas partidas, mandóle que se concentrase en Oaxaca y ordenó á Moreno Daoiz que cuidase del estricto cumplimiento de esa prevención, autorizándole para relevar al coronel Alvarez, si lo creyese conveniente ¹.

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, págs. 307 y 308.

El parte dirigido por Moreno Daoiz á Calleja dice así:

«El Señor coronel Don Melchor Alvarez salió á batir á los rebeldes que estaban fortificados en Teotitlán del Camino. Llevó trescientos infantes, ciento nueve caballos y una pieza de á dos. Los rebeldes lo esperaron en sus posiciones fortificadas, que eran la casa cural y la iglesia (toda de bóveda y un fuerte en figura de estrella en el cerro del Campanario) con la fuerza de ciento veinte á ciento treinta hombres con armas de fuego y un cañón de á dos.

»El Señor Alvarez les cortó la comunicación de sus puestos; pero en este tiempo recibieron los rebeldes un refuerzo de cien infantes y doscientos caballos con dos piezas.

»Con la noticia de la llegada de éstos, el Señor Alvarez trató de tomar posición, y en esta maniobra (según refiere su parte) se desordenaron nuestras tropas, y la arriería con municiones y víveres; pero ordenada la gente por el celo de los jefes y oficiales se dió una carga al refuerzo enemigo, y se le tomaron dos piezas; mas no pudo evitar que se uniesen á los fortificados. Los rebeldes perdieron como sesenta hombres, y algunos caballos muertos. Nuestra pérdida, según el estado del Señor Alvarez, fué de siete muertos, veinte heridos y veintitrés dispersos, incluso un oficial de húsares. También perdimos cinco fusiles, nueve carabinas, seis pistolas y fornituras. El Señor Alvarez volvió á Oaxaca sin desalojar al enemigo de sus puestos. Pide un *distintivo* para los primeros que tomaron los cañones...»

Este triunfo dió grandísimo prestigio á Terán, y los despojos arrancados al enemigo en el feliz encuentro de Teotitlán le sirvieron para equipar y armar convenientemente á sus tropas, dedicándose á su disciplina con inquebrantable constancia.

Casi al mismo tiempo que en Teotitlán era escarmentado el coronel Alvarez, sufría un gran revés el comandante Estrada entre Chamacuero y Celaya (provincia de Guanajuato). La tropa que mandaba huyó á los primeros disparos, y los independientes hicieron considerables estragos en la persecución: Iturbide escribió al virey que Estrada no perdió más que quince hombres, y que el primer soldado realista que huyó, llamado Andrés Arenas, fué fusilado de su orden. «He mandado también, decía Iturbide, que se eche suerte de un individuo entre los demás para que sufra la misma pena, exceptuando del sorteo á algunos que se condujeron con valor conocido.» Y Calleja aprobaba este severo castigo, que estaba tan en consonancia con su rigidez en materias de disciplina militar y con sus instintos sanguinarios. Los oficiales realistas que obedecían á Iturbide emulaban la crueldad de su jefe, y el comandante de Celaya, don Francisco Guizarnótegui, anciano militar que había dado pruebas repetidas de valor en los combates, en una excursión que hizo por el rumbo de la hacienda de la Quemada, encontró en este lugar muchos campesinos y *rancheros* ocupados en marcar los ganados; creyendo que todos eran insurgentes los aprehendió y mandó que fuesen fusilados; orden salvaje que se cumplió inmediatamente no obstante las protestas de aquellos infelices ¹.

Por estos días nombró Calleja intendente de Puebla al brigadier Llano, y confirió el mando del ejército del Norte y de las provincias de Michoacán y Guanajuato, al coronel don Agustín de Iturbide, dándole á Orrantia

por segundo. En las instrucciones que se transmitieron á aquél se le recomendaba muy especialmente que no perdiese de vista los proyectos y movimientos de los Rayones que permanecían en Cópore, procurando evitar que se proveyesen de víveres y municiones; y que destruyera los fuertes de Chimilpa y Zacapo, en el primero de los cuales se habían vuelto á situar los independientes apenas se retiró Iturbide de Ario y sus contornos. Prevenía el virey á este activo coronel que guarneciese competentemente á Maravatio, como punto muy importante, para asegurar las comunicaciones entre las dos provincias, y que situase su cuartel general en Valle de Santiago para acudir más fácilmente á una y otra, según las atenciones de la guerra.

Menos importantes que en la zona oriental y rumbo del *Bajío*, fueron los sucesos de la guerra acaecidos por esta época en las provincias de San Luis y Zacatecas, y en la ancha Nueva Galicia. En la primera, la revolución aparecía sofocada menos en los confines con las de Guanajuato y Zacatecas; en esta última don Víctor Rosales luchaba con inquebrantable constancia por la independencia, y vencedor y vencido alternativamente, fatigaba á las tropas del comandante militar don Diego García Conde. Por la parte de Jerez, el cura Alvarez, que había ascendido á canónigo de Durango por sus sangrientos servicios á la causa de la dominación, contenía á duras penas los avances de los insurgentes de Colotlán acaudillados por González Hermosillo. En Nueva Galicia, como desde principios de la guerra, pululaban las partidas que traían en continuo movimiento á las tropas y tenientes del brigadier don José de la Cruz. Un digno sucesor del valiente é infortunado Torres, don Pedro Moreno, regidor que había sido de Lagos, ocupaba los cerros de Comanja, y descendía de ellos frecuentemente á unirse con otras partidas que eran el terror de las llanuras circunvecinas.

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo IV, pág. 296. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo III, pág. 297, edición de 1851.